

B I B L I O T E C A F I L O S O F I C A

E L H O M B R E
I S I N T E O R I A

FRANCISCO MIRO QUESADA



FACULTAD DE LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
LIMA, 1959

UNMSM-CEDOC

BIBLIOTECA
FILOSOFICA

Serie: CUADERNOS DE
FILOSOFIA

(Folletos y Sobretiros)

La presente serie es publicada por el Instituto de Filosofía y Psicología con el fin de difundir estudios breves, artículos y textos de conferencias, sobre temas filosóficos que ofrezcan interés para los estudiantes universitarios y el público filosófico en general. En lo sucesivo, ella comprenderá, además de trabajos escritos en castellano por autores nacionales, estudios de autores extranjeros y traducciones.

- 1—Nelly Festini:
LO ESTETICO HETERONOMO.
- 2—José Russo Delgado:
LUCES DE HERACLITO EL OSCURO.
- 3—Augusto Salazar
Bondy:
LA EPISTEMOLOGIA
DE GASTON BACHELARD.
- 4—Gerhard Funke:
CORRIENTES FILOSOFICAS EN EL SIGLO XX.
- 5—Walter Blumenfeld:
VALOR Y VALORACION.



FRANCISCO MIRO QUESADA

**EL HOMBRE
SIN TEORIA I**

FACULTAD DE LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

LIMA, 1959

UNMSM-CEDOC

FACULTAD DE LETRAS
INSTITUTO DE FILOSOFIA Y PSICOLOGIA

BIBLIOTECA FILOSOFICA

Serie: CUADERNOS DE FILOSOFIA

6

(c) Copyright by Universidad Nacional Mayor
de San Marcos, Lima, Perú.
Derechos reservados.

EDITADO POR EL DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

UNMSM-CEDOC

A mi querido amigo Arnaldo Cano,
cuyas agudas e inteligentes observa-
ciones me han sido de gran utilidad
para la redacción final del presente
ensayo.

UNMSM-CEDOC

PROLOGO

En Agosto de 1954, caminaba con Francisco Romero por una calle de Buenos Aires. Estábamos enfrascados en un tema muy querido para nosotros, sobre el cual habíamos hablado muchas veces. Pero, por circunstancias personales, aquel día, los planteamientos, los entques y los desarrollos habían adquirido un relieve especialmente nítido.

— Sí, dijo, Francisco Romero, no me cabe la menor duda. Después de treinta años de meditar sobre el problema fundamental del hombre, he llegado a la conclusión inevitable de que lo único que puede resolver el problema de la convivencia humana, es el socialismo.

— Naturalmente, contesté. Pero no me parece que el socialismo pueda fundamentarse en el marxismo, porque se trata de una doctrina con graves limitaciones teóricas.

— Por cierto que no, por cierto que no. Se trata claro de socialismo, en el más cabal sentido de la palabra. Es decir de una organización social en la que no pueda ser posible la explotación del hombre, en la que sea imposible que unos pocos, con el trabajo de muchos desposeídos, vivan como privilegiados. Pero una sociedad en donde la libertad, en donde el pensamiento no estén regimentados por estrechos catecismos que puedan conducir a purgas y a crímenes colectivos.

— Claro, aprobé con entusiasmo. Pero hay que encontrar un nombre y un nuevo fundamento para este tipo de socialismo. ¿Cómo lo llamaría Ud.?

Romero permaneció silencioso unos instantes, mirando al suelo, mientras avanzábamos entre una multitud densa y apurada. Luego mirándome a los ojos dijo:

— Yo lo llamaría un SOCIALISMO HUMANISTA...

Esta conversación que tuve con Romero en las calles de Buenos Aires y que considero fundamental en mi propio desarrollo ideológico, me hizo recordar otras conversaciones que había tenido con diversos integrantes del grupo filosófico latinoamericano. He vuelto después a conversar sobre el mismo tema. He hablado sobre el nuevo tipo de socialismo que es necesario implantar en

América Latina con sus más característicos pensadores. He hablado con Leopoldo Zea y Luis Villoro en México, con Jorge Millas en Chile, con Arturo Ardao en Puerto Rico, con Humberto Piñera Llera en Cuba, con Cruz Costa en el Brasil, con Benjamín Carrión en Ecuador. Y en el propio Perú, tantas veces, con Augusto Salazar Bondy, con Víctor LÍ Carrillo en Lima, con Luis Castillo en Arequipa.

El síntoma es impresionante. En toda América Latina, lo más destacado del pensamiento filosófico, cada vez que se vierte hacia el problema del hombre y la organización colectiva de su vida, recae en el socialismo. Pero no acepta un socialismo marxista. No por razones económicas ni de clase, pues ningún pensador latinoamericano tiene intereses que defender. Sino por razones estrictamente teóricas y valorativas. Teóricas porque el marxismo como teoría, es sencillamente, una teoría al lado de otras. Tiene tantos aciertos y tantos errores como las restantes. Y la primera pretensión del socialismo marxista es que la teoría que lo fundamenta es la última palabra. Esto para un pensador libre es inaceptable. Valorativas, por lo que acabo de decir. Porque un pensador libre, considera que sin libertad no puede pensar. Más aún, mucho más, sin esta libertad no puede vivir. Una sociedad en la que se haya realizado la justicia económica pero en la que nadie pueda pensar libremente, en la que nadie pueda expresar con la prestancia a que todo hombre tiene derecho, sus propios puntos de vista, es una sociedad imperfecta que debe ser superada.

Esta posición de los pensadores latinoamericanos, la necesidad de ir al socialismo pero dentro de la libertad, es característica, constituye una estructura fundamental de la respuesta de América Latina al gran problema del hombre frente al mundo. La reveladora coincidencia de los más destacados pensadores de nuestros diversos países es algo que debe servir de punto de partida para una comprensión radical de lo que realmente está sucediendo en América Latina. En ella se descubre una vía ascensional que habremos de seguir por destino histórico, como culminación de una peculiar manera de vivir la cultura occidental y de asumir nuestra propia condición humana (1).

Los libros más importantes referentes a la problemática social que se han publicado en América Latina en estos últimos tiempos, plantean todos implícita o explícitamente esta necesidad. Y todos ellos convergen hacia un punto céntrico: el valor de lo humano, el valor del hombre tomado como afirmación absoluta. Esta convergencia es la que, quiérase o no, indica el camino. Si la filosofía latinoamericana ha llegado a la conclusión de que la solu-

(1) Hace pocos días mientras corregía las pruebas del texto, recibí un libro del intelectual ecuatoriano Jaime Chávez Granja, editado por la Casa de la Cultura, en el que se nota con especial nitidez la coincidencia básica que hemos anotada.

ción al problema social estriba en un socialismo no marxista, y ha proclamado que el valor supremo, en torno del cual giran todos los demás, es el valor del hombre por el sólo hecho de ser hombre, es evidente que la fundamentación de este nuevo tipo de socialismo, de este "socialismo humanista" tal como lo ha calificado Francisco Romero, no es metafísica sino valorativa, o, hablando en términos técnicos, tímética o axiológica. Es decir, de la proclamación del valor absoluto del hombre, se desprende el socialismo, como se desprende la lluvia de la nube o el aroma de la flor. ¡Qué diferencia con el planteamiento marxista!. Si uno recorre los miles de páginas que abarca lo principal de la filosofía marxista, no encontrará ni una sola vez referencias al valor de lo humano. Jamás referencias a la fraternidad entre los hombres, a la afirmación de la dignidad humana sobre todas las relatividades de la historia. En lugar de esto, un abstruso sistema de conceptos metafísicos, en la actualidad, completamente trasnochados. O sea que para el marxista, la fundamentación del socialismo no se asienta en el principio supremo de lo humano sino en presupuestos metafísicos como el materialismo histórico, el materialismo dialéctico, la rigurosa determinación de la marcha de los acontecimientos sociales, las superestructuras, las infraestructuras, un curioso tipo de ateísmo etc.

Para el pensamiento latinoamericano, el socialismo se desprende, con necesidad lógica, del valor de lo humano, de la fraternidad universal entre los hombres, de la dignidad y de la libertad, del anhelo de todo hombre a ser respetado y tratado con justicia. ¿Cómo puede derivarse de este complejo valorativo supremo? De manera muy sencilla: por medio de las leyes de la lógica. Si se acepta el valor supremo del hombre en cuanto hombre, entonces aplicando razonamientos simples, se desprenden de este valor, una serie de consecuencias que conducen inevitablemente a un sistema social en el cual se aplican los principios económicos del socialismo dentro de la libertad. En estos últimos años he estado investigando la forma, el poder y la corrección de estos razonamientos lógicos que conducen del valor del hombre al socialismo. Y cada vez me he convencido más de que la única manera de fundar el socialismo sobre bases convincentes es a través de un razonamiento puramente lógico que parta de muy simples postulados éticos. Pueden negarse desde luego los postulados, puede negarse el valor de lo humano. Puede declararse que se es un monstruo y que se ha decidido negar el valor del hombre y proclamar que se tiene derecho a explotarlo y oprimirlo. Pero esta declaración conduce necesariamente a la destrucción y a la muerte. Porque si alguien dice que tiene derecho de explotar a otro, o de sojuzgarlo, la única respuesta del otro es: entonces vamos a matarnos. Puede negarse claro el valor de lo humano, pero si se acepta, de la manera más simple, con una lógica sencilla

lla, el socialismo se deriva necesariamente del punto de partida. Esto es lo que llamo fundamentación valorativa (2) del socialismo en contraposición a su fundamentación metafísica que es la típicamente marxista; una fundamentación metafísica del socialismo, que se basa, no en valoraciones evidentes sino en teorías que pretenden decir la verdad sobre la esencia del mundo, de la vida y del hombre. Ya sabemos que toda teoría, por más grande que sea, cuando pretende abarcarlo todo, tiene necesariamente que fracasar, porque el pensamiento humano es limitado y por más esfuerzos que haga no puede abarcar la totalidad de la realidad. La historia de la filosofía nos enseña de manera dramática la relatividad de todos los sistemas metafísicos y su inevitable fracaso final, al ser comparados con la realidad punzante de los hechos. Bertrand Russell, con ese humor genial que lo caracteriza, me dijo un día en Londres, hablando del solipsismo (3): "no puedo aceptar de ninguna manera el solipsismo, porque si el solipsismo fuera cierto, entonces yo tendría que haberme escrito toda la historia de la filosofía. Y yo no puedo haber escrito tantos errores".

Esta salida del filósofo británico es una de las maneras más agudas como se ha enfocado el gran problema de la relatividad de todas las teorías metafísicas. Y es precisamente esta relatividad la que impide que se pueda construir una fundamentación auténtica del socialismo a través de la metafísica como lo ha pretendido el marxismo (4). Por eso el primer punto de partida en la fundamentación del socialismo debe ser la clara conciencia de la insuficiencia de las metafísicas. Sólo cuando se haya trascendido el dogmatismo metafísico puede la mente captar el verdadero significado del socialismo y comprender que la grandeza de su sentido reside, no en ser un sistema derivado de un enjambre de tesis metafísicas, y, en consecuencia, inverificables, que funcionan con una total indiferencia frente a lo humano, sino en ser la proclamación del valor supremo de la condición humana. Por eso la primera parte de la fundamentación del "socialismo humanista" debe consistir en mostrar como el valor de lo humano resiste a la relatividad de las teorías que se suceden en el decurso de la

(2) En todo este ensayo tratamos de evitar en lo posible la terminología académica. En realidad, para hablar con precisión, el tipo de fundamentación que proponemos es una fundamentación lógico-axiológica, porque su mecanismo consiste en partir de valoraciones éticas y en derivar de ellas, por medio de la lógica formal, la necesidad de una organización socialista de la sociedad.

(3) El solipsismo es la teoría filosófica que sostiene que lo único que existe es la propia conciencia y que, en consecuencia, todo lo restante no es si no apariencia puesto que se reduce a meros estados de conciencia.

(4) Desde luego los marxistas niegan que el marxismo sea una metafísica. Pero esta negación no puede ser analizada críticamente mientras no se haga antes un análisis semántico de la terminología marxista. El marxismo emplea una terminología sui géneris muy distinto de la actualmente en boga en la filosofía occidental. En relación a la dificultades interpretativas que plantean estas diferencias, ver más adelante.

historia y como para proclamarlo y para captarlo en toda su irradiante evidencia no se necesita de teoría alguna. De allí el nombre y el sentido del presente ensayo: EL HOMBRE SIN TEORÍA. (5).

Las líneas que siguen son sólo una versión literaria (o por lo menos intentan serlo) de las tesis que, de manera que pretendemos rigurosa y dentro de un plano estrictamente académico, estamos investigando desde hace ya algunos años. Es además una versión de planteamientos iniciales, del punto de partida que consiste en darse cuenta de los peligros que significa fundar la organización de la sociedad humana en una teoría, que de manera inevitable, contiene siempre graves errores. Por eso más que una tesis definitiva, debe ser considerada como un primer ensayo. Su única pretensión es mostrar, de manera anticipatoria, la vía emprendida. Los resultados finales de la investigación no podrán ser publicados hasta dentro de algunos años. Es aún necesario realizar una serie de investigaciones sociológicas y especialmente de análisis metateóricos (6) de los tipos de fundamentación considerados: el tipo marxista y el tipo valorativo. Por estas razones no habría aún publicado el presente ensayo, pues nunca he sido partidario de publicar temas no suficientemente madurados. Pero una serie de circunstancias extrateóricas me han impelido a hacerlo. En primer lugar la pugna ideológica en nuestro País, que día a día cobra mayores vigencias, muchísimo mayores de lo que a primera vista podría parecer. En segundo lugar la insistencia de algunos amigos, especialmente del grupo de filosofía de San Marcos. En tercer lugar el deseo de someter a la crítica un planteamiento que a pesar de que no pasa todavía de ser un ensayo expresa sin embargo puntos esenciales de planteamientos futuros. Tengo la seguridad de que esta crítica me será muy útil para posteriores reajustes y para toma de posiciones cada vez más meditadas y rigurosas.

Quisiera hacer finalmente tres observaciones. La primera es que para el lector formado en la escuela orteguiana el presente ensayo puede darle la impresión de estar también situado en dicha escuela. Pero esta impresión sólo puede ser fruto de un aná-

5) Un lector desovisado o un intérprete de molo fe podría observar que el título de nuestro ensayo indico una oposición y uno crítico o la importante obra de Francisco Romero "Teoría del Hombre". Pero en realidad, aunque mi línea teórica sigue derroteros muy diferentes de los suyos, ambos líneas no se oponen de ninguno manero. El aporte de Romero tiene la importancia de haber logrado una descripción magistral de las notas esenciales del valor de lo humano, valor que es, para nosotros, el punto de partido.

6) La metateoría es una disciplina filosófica que consiste en analizar cualquier tipo de teoría por medio de métodos ultrarigurosos cuyo descripción reboza por completo el nivel elemental del presente ensayo.

lisis incompleto. Si analiza debidamente el fondo del asunto comprenderá que no sólo nuestra posición está muy lejos de la de Ortega sino que incluso se le opone radicalmente. En efecto Ortega no reconoce validez suprahistórica a ningún complejo valorativo, y por esta razón jamás pudo superar los abismos de incoherencia en que inevitablemente cae todo aquel que adopta una posición puramente historicista. La presentación de toda teoría como un instrumento de adaptación circunstancial, es desde luego uno de los grandes temas orteguianos. Reconocerlo como un aporte permanente del pensamiento de Ortega no es ser orteguiano, así como reconocer que Marx tiene razón cuando afirma que toda sociedad se organiza espontáneamente en clases no es ser marxista. Es sinceramente adoptar la única posición que puede ser llamada auténticamente filosófica: utilizar los grandes aportes de la historia de la filosofía en el ejercicio del propio pensamiento sin pretender a todo trance una originalidad forzada. Hasta dónde ha influido Ortega en alguno de los planteamientos que se encuentra en este trabajo, no lo se ni me interesa saberlo. Lo único que sé es que un verdadero historicista, y él lo era, no podría estar de acuerdo en partir de una valoración elegida por su evidencia supra-histórica. Y un racio-vitalista no podría estar de acuerdo tampoco en la posibilidad de que el hombre pueda edificar toda una nueva sociedad sin necesitar una teoría completa sobre sí mismo.

La segunda observación es que, sin lugar a dudas, las más fuertes críticas al presente ensayo van a ser hechas por los marxistas. Las objeciones que van a hacer pueden predecirse a priori, pues el pensamiento marxista está siempre encajonado dentro de normas sumamente rígidas. El punto de mayor incidencia va a ser el de mi condición burguesa (condición que naturalmente me tiene sin el menor cuidado pues considero que la validez del pensamiento no tiene nada que ver con ninguna condición humana particular). Todo el intento del "Hombre sin teoría", dirán, no es sino un intento de evasión. El autor es un burgués que deliende, tal vez sin darse cuenta, sus intereses de clase. Como tiene horror ante el inevitable triunfo del proletariado, ha elaborado una complicada tesis para refutar al marxismo y tener así la seguridad de que continuará usufructuando sus privilegios.

La respuesta a esta objeción es muy sencilla. En primer lugar nuestra intención de fundar el socialismo presupone nuestra aprobación de una sociedad socialista en donde no pueden haber, por definición, ni explotadores ni explotados, y en la cual pierde todo sentido el concepto de pertenencia de clase. En segundo lugar, y esta respuesta es para mí la principal, nuestra posición es antimarxista única y exclusivamente porque consideramos que el marxismo es una teoría filosófica falsa. En último término, no soy marxista exactamente por las mismas razones que tampoco soy tomista. Porque considero que ambas doctrinas, consideradas en

conjunto, son falsas. Desde luego que para afirmar que el marxismo es falso como teoría hay que demostrarlo y este ensayo, debido a su carácter preliminar y literario, no intenta efectuar esta demostración. No creo necesario que yo tenga que demostrar que el marxismo es falso pues esta demostración ya ha sido hecha y con mucho rigor por diversos filósofos, como por ejemplo por Northrop (en el aspecto metafísico), Sastre (en el aspecto histórico-metodológico). Pero debido a que en el Perú hay un creciente interés por temas ideológicos y a la existencia de determinadas tendencias del actual estudiantado universitario, considera imprescindible aclarar de una vez por todas qué cosa es el marxismo, qué parte tiene de verdad, que parte de falsedad, y como, en conjunto, es una teoría metafísica insostenible. Por eso creo conveniente organizar en el futuro un círculo de estudios marxistas que sería dirigido por el Instituto de Filosofía de la Universidad de San Marcos. Desde hace ya algunos años tenemos Augusto Salazar Bondy y yo el plan de organizar en San Marcos un seminario de marxismo en el cual se estudiarían con toda objetividad los elementos esenciales de la filosofía comunista y se harían rigurosos análisis metateóricos de la teoría considerada en su conjunto. Las ponencias serían presentadas por diversos investigadores, según los aspectos abordados, los debates serían públicos. El material se publicaría como libro o colección de folletos. Estoy convencido que este procedimiento sería de gran importancia pues permitiría esclarecer científicamente una serie de puntos fundamentales y terminaría en el Perú con una serie de mitos y prejuicios tanto de los marxistas como de los antimarxistas. Pero por el momento habrá que esperar porque aún no hemos terminado de investigar determinados puntos vertebrales de la teoría marxista. Falta también colmar ciertas lagunas de información y terminar algunos análisis de textos.

La última observación es que el presente texto ha sido escrito con el propósito de que llegue al mayor número de personas posibles. No se pretende que llegue al nivel de la vulgarización pues para ello se necesitarían muchas páginas. Pero se desea que pueda ser leído por personas no especializadas. Por esta razón el estilo está, salvo en algunos inevitables párrafos, muy lejos de ser académico. Es una filosofía expuesta con estilo literario. Presento mis excusas al lector cuyo espíritu rigorista encuentra que la exposición ha podido ser mucho más precisa. Pero he creído que la mejor manera de llegar a todo aquel que, sin ser especialista, me confiera el honor de leerme, es por medio de un estilo espontáneo, abierto, casi vehemente. Tal vez alguien pueda tener la impresión de que es hasta apasionado. Pero en relación a este último aspecto se trata ya de una cuestión temperamental que no tiene ninguna importancia teórica.

Mientras alguien padezca
la rosa no podrá ser bella
.....

No lloréis más poetas
la muerte de los lirios
Hay cosas más altas que cantar
el amor de las tardes perdidas
.....

Un hombre libre
es más puro que el diamante.

Manuel Scorza

Cuando Hitler se enteró del resultado de las investigaciones de un famoso biólogo alemán sobre la composición de la sangre de los judíos lo mandó llamar y le dijo que no podía ser cierto. Pero el biólogo le aseguró que todos sus análisis lo habían conducido al mismo resultado: la sangre de los semitas era igual a la de los germanos. El biólogo fue subrogado de su cargo universitario. No se volvió a hablar más de él. Pero tuvo conciencia de que había terminado su carrera cumpliendo un inmenso destino: demostrando que las teorías nazis sobre la superioridad racial de los germanos, eran falsas.

El biólogo alemán se atrevió a demostrar que una teoría sobre el hombre era falsa y fue víctima de su audacia y de su amor por la verdad. No fue la primera víctima. Muchos son los que a través de la historia se han atrevido a mostrar la falsedad de una teoría sobre el hombre y han desencadenado el furor de sus contemporáneos, de todos ellos, o de un grupo, o de uno solo. Y por eso fueron horrendamente castigados. Porque cometieron un pecado mucho más grave que cualquier otro: atentar contra el fundamento mismo de todas las cosas. Pecar contra una ley moral, violar una ley jurídica puede ser perdonado. Es atentar contra un orden establecido, contra un orden sólido, vigente, indestructible. Cuando el orden no ha sido disuelto puede darse el lujo

de ignorar a los rebeldes. Pero cuando se destruye una teoría sobre el hombre se disuelven todos los órdenes posibles, se desmorona el universo, se hunde el suelo que se pisa. Porque en último término, todo lo que el hombre sabe y espera del universo, todo lo que el hombre cree, depende de la manera como se ve a sí mismo. El hombre no puede concebir nada sino a través de su propia concepción. Por eso no puede perdonar a quien de un plumazo cancela todo lo que cree o quiere creer sobre sí mismo. Porque le quitan su tierra firme. Y nada lo aterra más que dejar lo que con tanto trabajo ha construido y volver a ser un naufrago en el oscuro "mare tenebrosum".

En realidad —esto es uno de los grandes aportes del pensamiento contemporáneo— el hombre no puede vivir sin teoría. El hombre es un animal teórico por excelencia. Por eso la sabiduría de los antiguos lo calificó de "animal racional", porque las teorías se hacen con la razón. Ya nadie piensa que hay hombres teóricos y hombres prácticos, hombres dedicados al pensamiento, y hombres dedicados a la acción. Todos los hombres son teóricos. Sólo que unos lo saben y se distinguen por su afán de profundizar en la teoría, mientras que otros se contentan con vivir sumidos en ella y en utilizarla para conseguir sus fines inmediatos. Pero nuestra vida está rodeada de teoría. Desde nuestra confianza en el sol, en el hecho de que haya sol, hasta nuestra confianza en la firmeza del suelo que pisamos, todo es fruto de la teoría, del pensamiento científico, de nuestra capacidad de pensar sobre los eventos y de interpretarlos. Es gracias a la teoría que podemos enfrentarnos al mundo, que podemos tener un mundo, que podemos prever los sucesos, manejarlos, dirigirlos, aprovecharlos. Es gracias a que han habido hombres dedicados a descubrir cómo es el mundo, que los "hombres prácticos" pueden dedicarse a modificarlo gracias a la técnica, producto tardío y secundario de la teoría.

La teoría, el conocimiento de las cosas y de los hechos surge como necesidad del hombre para defenderse de los embates del mundo. Nace en función de él y para él. El hombre ordena su mundo para orientarse en el laberinto sin cuartel de los hechos. Lo ordena para poder llegar a la meta que se ha propuesto. Y sólo conociéndose puede saber que cosa es lo que persigue y cuales son las verdaderas relaciones con su mundo. O sea, que toda teoría sobre el mundo, sobre las cosas que lo rodean, implica

necesariamente una teoría sobre sí mismo. Pensar sobre el mundo es ya pensar sobre sí mismo, porque el mundo no es sino el término de la acción. Es además pensar que el pensamiento tiene tales y cuales posibilidades, que es capaz de dominar determinadas situaciones. Es pensar sobre aquello que se va a hacer con el conocimiento adquirido sobre el mundo, es pensar sobre el propio destino.

Sólo que aquí las cosas empiezan a ser de naturaleza muy distinta. Porque el hombre como realidad es infinitamente más complicado que el mundo. Teorizar sobre el mundo es mucho más fácil que teorizar sobre el hombre mismo. En el mundo circundante se encuentran regularidades más o menos simples, sucesiones de diversos estados que se repiten cíclicamente: el día y la noche, las mareas, los movimientos de los astros. Y debido a esta simplicidad y a esta regularidad toda teoría, por más elaborada que ella sea, puede verificarse. Basta deducir de sus presupuestos las diversas consecuencias que ellos encierran implícitamente. Mientras estas consecuencias coincidan con los hechos se puede seguir creyendo que la teoría es verdadera. Pero si los hechos la contradicen, entonces habrá que rechazar la teoría o modificarla o adaptarla. De otra manera se hace insostenible. Este proceso de verificación es la base de todo conocimiento posible de realidades y es lo que ha permitido al hombre evolucionar de las más primitivas e infantiles teorías a los actuales sistemas de la física, de la astronomía y de la biología.

Mientras más complicada es una región de la realidad, más difícil es elaborar una teoría que dé cuenta de ella y que permita al hombre conocerla. Es además más probable encontrarse con una consecuencia teórica que no coincida con los hechos y que haga fracasar la teoría. Pero por medio de correcciones y reelaboraciones, es siempre posible mejorarla y adaptarla a las nuevas exigencias de los hechos, lográndose de esta suerte un conocimiento más o menos uniforme y progresivo de la naturaleza. Cuando se trata del ser humano este procedimiento es prácticamente imposible. Porque es tal su complicación, tan grande la maraña de hechos que lo caracterizan, que para elaborar una teoría medianamente aceptable sobre su naturaleza se hace necesario recurrir a una tupida madeja de conceptos y de hipótesis. De esta urdimbre teórica se desprenden un sin fin de consecuencias que deben ser cotejadas con los hechos humanos. Y a la

larga los hechos acaban por arruinar la teoría que en algunas o en muchas de sus consecuencias termina por contradecirlos lamentablemente. Además de esta dificultad, ya en sí insuperable, existe otra tal vez más grande : el fenómeno de la libertad. La libertad humana no es una teoría, es un hecho, es el hecho de la impredecibilidad de nuestras acciones. Mientras que en la naturaleza las suaves y simples recurrencias de fenómenos permiten hacer asombrosas predicciones, en el hombre la posibilidad de tomar decisiones que vayan en contra de todo lo previsto, hace imposible lograr un conocimiento riguroso de lo que somos nosotros mismos. En principio todo hombre puede echar por tierra una teoría sobre el hombre : le basta actuar de tal manera que contradiga lo que la teoría permita prever sobre sus acciones. Claro que en algunos casos las predicciones se cumplen. Pero es en el plano de lo superficial o de lo patológico. En última instancia nadie puede predecir nada sobre lo que hará un ser humano. Y la esencia de la teoría consiste en derivar consecuencias, es decir, en hacer predicciones.

Pero si teorizar sobre el hombre mismo es tarea tan difícil y limitada, todas nuestras teorías sobre el mundo y la vida corren un sutil y grave peligro. Porque para teorizar sobre las cosas es necesario, como hemos visto, presuponer algo sobre el hombre mismo, sobre su propia capacidad de teorizar y sobre la meta que le corresponde alcanzar en la vida. Todo cambio radical en la teoría del hombre acarrea inevitablemente un cambio sobre nuestra manera de ver el mundo. Y en consecuencia produce inseguridad y zozobra. Porque tener que cambiar una teoría sobre el mundo es reconocer que lo que creíamos saber sobre él no era tan seguro, que la tierra que pisábamos se ha vuelto repentinamente arena movediza, en la cual nos podemos hundir. Además, tener que cambiar nuestros puntos de vista sobre nosotros mismos es reconocer que estábamos errados, que todo lo que creíamos saber eternamente sobre nuestras posibilidades y nuestro destino, ha quedado puesto entre paréntesis. De repente, como el psicópata, nos hemos vuelto extraños para nosotros mismos, ya no nos reconocemos. Y no hay nada que aterre más al ser humano que descubrir que no es lo que creía ser. Toda la seguridad por la que había luchado durante años, durante centurias, durante milenios tal vez, se disuelve al soplo del misterioso viento de la teoría. De allí la furia, de allí el rencor, el odio contra los que se atreven a

atentar contra esta seguridad sin la cual no podemos vivir. Recordemos la teoría nazi de la superioridad racial. Esta teoría edificó un mundo grandioso para varios millones de hombres. A través de ella se justificaron tremendas reformas sociales, persecuciones, guerras, una expansión incontenible hacia el dominio de todos los pueblos. Pero un hombre insignificante, mirando a través de un pequeño tubo metálico, demostró que dos gotas de sangre eran exactamente iguales. Ese hecho infinitesimal bastaba para derrumbar toda la teoría, todo el mundo, todo el gigantesco aparato. Bastaba para demostrar que el libro escrito por el jefe era una farsa ridícula. Ese hombre debía ser silenciado y lo fue. Recordemos el caso Lissenko. De la teoría marxista sobre el hombre, se desprende necesariamente que el lamarkismo es la verdadera teoría sobre la herencia y no el mendelismo. Lissenko se encargó de verificar esta predicción y falseó los hechos para lograr su propósito. Pero hubo hombres heroicos que defendieron el mendelismo porque coincidía con los hechos. Fueron de inmediato eliminados. Algunos años después, los jefes del Kremlin se convencieron de que mejor era seguir una teoría que coincidiera con los hechos, que una que no coincidiera y destituyeron a Lissenko. Pero para honor del hombre actual, no se crea que estos hechos son exclusivos de nuestro tiempo. Al revés, en anteriores épocas se repetían con más frecuencia. Sócrates, Galileo, Giordano Bruno, Miguel Servet, no son sino unos casos entre muchos. Sin embargo, antes los hombres no sabían bien lo que era una teoría. Ahora en cambio empiezan a saberlo y lo que asombra es que a pesar de ello condenen a los que se atreven a ir contra la teoría oficial. La explicación es sin embargo la misma: el terror y la desesperación de ver que con un solo hecho, con una sola palabra, una formidable teoría que parte de la naturaleza del hombre y que termina en los más mínimos detalles de una organización social, queda reducida a la nada.

El proceso mediante el cual se disuelven las teorías sobre el hombre es inflexible y se desarrolla en etapas sucesivas fácilmente descriptibles. El primer paso es la elaboración general de la teoría. En la mayoría de las culturas esta elaboración ha sido espontánea e ingenua. En nuestro mundo moderno es consciente y tiene pretensiones de científica y filosófica (nazismo, fascismo, marxismo, etc.). Pero en todos los casos el punto de partida es el mismo: una masa enrevesada de hipótesis complicadísimas que

se consideran como la verdad máxima, inmovible y definitiva. Para algunos pueblos esta verdad es de origen divino. En algunos casos las hipótesis en el punto de partida parecen sencillas. Por ejemplo, el hombre es una síntesis de materia y alma, o el hombre es una organización de materia que procede según los principios dialécticos del movimiento. Pero si se analiza todo lo que se quiere decir con las palabras "materia" y "alma" se verá de inmediato que se están presuponiendo un conjunto prácticamente ilimitado de hipótesis secundarias. El segundo momento es que de este complicadísimo punto de partida se deriva una infinidad de consecuencias. Este segundo aspecto de toda teoría del hombre es fundamental, pues allí es donde está el germen del fracaso y del grave peligro que significa el desarrollo sistemático de sus principales tesis. Porque es tal la riqueza de las derivaciones, que se pueden hacer de una teoría complicada, que es absolutamente imposible formarse una idea de cuales van a ser las principales consecuencias. Y es por eso que se llega a veces —casi siempre se llega— a las consecuencias más absurdas y peregrinas. Ejemplos impresionantes de estas derivaciones increíbles, son la justificación de la incineración de brujas en la Edad Media y de las castas en la religión brahmánica. De la concepción cristiana del hombre, una de las más complicadas que existen, no se deriva de ninguna manera que las brujas deban ser quemadas. Pero sí que los demonios pueden ocupar el cuerpo humano. Por lo tanto con la adición de algunas hipótesis secundarias, aparentemente insignificantes, en la Edad Media se llegó a la conclusión de que quemar a una bruja era quemar un demonio, no un ser humano. La justificación de las castas tampoco se deriva de los principios fundamentales del brahmanismo. Pero con el transcurso de los años, la teoría brahmánica —tan complicada como la cristiana— se fue complicando más y más, hasta que llegó un momento en que de sus principios considerados globalmente, se derivaba de una manera necesaria la existencia de las castas. Ya sabemos lo que ello significa.

Para comprender estos hechos es importante tener una clara visión de lo que es una teoría, especialmente de las relaciones entre una teoría y las posibles consecuencias que de ella se derivan. Una teoría, ya lo hemos visto, es un conjunto de hipótesis sobre algún aspecto (que puede ser desde muy pequeño hasta muy grande) de la realidad. Una vez que se han sentado las hipótesis,

es posible derivar de ellas, por medio de la lógica, una serie de consecuencias. Lo fundamental de esta posibilidad derivativa por medio de la lógica, es que es inmensa. O sea que partiendo de un pequeño número de hipótesis se pueden extraer de ellas innumerables consecuencias, tantas, que prácticamente son infinitas. Esto es lo más característico de una teoría cualquiera, lo que constituye a la vez su grandeza y su limitación, su utilidad y su terrible peligro. Debido a este poder de derivación es posible hoy manejar la energía atómica y será posible dentro de pocos años transformar el mundo hasta límites imprevisibles o hacerlo explotar apretando un botón. Debido a este poder extraño y casi mágico se han hecho volar los aviones, se han quemado brujas, se han inventado el telescopio y el microscopio, se han cometido atroces genocidios, se han salvado millones de vidas, se han martirizado millones de seres humanos.

El poder de derivación de una teoría es tan inmenso que se hace difícil comprenderlo sin algún ejemplo concreto. Pero uno bastará para hacer ver con toda claridad qué cosa es lo que queremos decir: la aritmética. Aquéllos que conocen lo que son las teorías matemáticas y cómo se organizan, saben que todos, absolutamente todos los conocimientos de la aritmética se pueden derivar solamente de siete hipótesis (postulados de Peano). Estas hipótesis son extraordinariamente sencillas y pueden ser comprendidas por un niño. Son sólo siete. Pero a pesar de ser tan pocas, de ellas se deriva una inmensidad de conclusiones, una inmensidad tan grande que nuestros conocimientos aritméticos aumentan desde hace dos mil quinientos años y siguen aumentando todavía y seguirán aumentando durante los siglos venideros. Y además de ser tan numerosas, las consecuencias son tan complicadas que nadie puede prever adonde habrán de llevarnos con el tiempo. Este ejemplo permite darse claramente cuenta del poder incalculable de una teoría, debido al hecho de que, una vez planteadas sus hipótesis, podemos deducir de ellas, por medio de la lógica, una cantidad incalculable de conclusiones.

El ejemplo dado permite darse cuenta cómo, de unas pocas y muy simples hipótesis se puede derivar un conjunto infinito de consecuencias, que por ser tan ricas y numerosas son imprevisibles, es decir, que nadie, una vez planteadas las hipótesis puede prever cuáles van a ser las consecuencias en el futuro. Estas consecuencias seguirán una línea rigurosamente lógica y se despren-

derán necesariamente de las hipótesis, conforme los investigadores vayan deduciéndolas. Pero nadie puede prever hasta donde van a llegar ni cuales van a ser en el futuro. Si esto sucede en el caso de una teoría que tiene sólo siete hipótesis, muy simples piénsese en lo que sucederá en una teoría sobre el hombre que, como hemos visto, está compuesta de un número muy grande de complicadísimas hipótesis.

Y ahora podemos hablar del tercer momento de toda teoría sobre el hombre : de su extrañeza y de su fracaso inevitable. Para tener seguridad frente al mundo y poder desenvolverse en el tráfo de la vida, el hombre elabora una complicada teoría sobre sí mismo. Esta complicación es inevitable, porque el contenido de la teoría, el hombre, es el ser más complicado del universo. Debido a la inextricable complicación del ser humano, toda teoría sobre el hombre es, a pesar de su inevitable complicación, incompleta. Pero a pesar de esta incompleción, por el hecho de ser tan complicada, las consecuencias que se derivan de ella son en número aplastante. Lo grave sin embargo no es su número, sino su imprevisibilidad. Porque si en el caso de la aritmética (y en general en el caso de toda teoría matemática que es siempre muy simple) en el que las hipótesis son escasas y sencillas, las consecuencias son tan numerosas que se hacen imprevisible y dejan estupefactos a los cerebros más audaces, en el caso de una teoría tan complicada como toda aquélla que se ocupa del hombre, este impresionante hecho habrá de multiplicarse al infinito. Y esto es lo que siempre ha sucedido. El hombre, debido a la complicación de las teorías que ha elaborado sobre sí mismo, ha llegado a las conclusiones más curiosas, más extrañas, más estupefacientes sobre su propio ser. Partiendo de hipótesis que para él eran más o menos evidentes, ha llegado a conclusiones que, en un principio, estuvieron muy alejadas de su pensamiento. Nos basta con revisar la historia para cerciorarnos de que las doctrinas que ha elaborado el hombre sobre sí mismo lo han conducido a los extremos más insospechados. Piénsese por ejemplo en el Calvinismo, que partiendo de los principios más ascéticos llega a la inevitable conclusión de que el enriquecimiento es el signo de haber sido elegido por Dios para la salvación. De aquí al colonialismo moderno sólo hay un paso, paso que naturalmente fue dado con la más conmovedora convicción de estar en lo justo. Piénsese en la extrañeza de los ritos funerarios, en los sacrificios humanos,

en los autos de fe, en las diferencias de moral sexual existentes en las diversas culturas, en las guerras de religión. Piénsese que todas estas cosas que nos parecen tan alejadas de los puntos de partida, no son sino consecuencias inevitables. Son ellas precisamente las que conducen al fracaso a la teoría, porque debido a su enorme cantidad, llega un momento en que se oponen visiblemente a los hechos. Y entonces el hombre deja de creer en ellas o trata de adaptarlas, si es que puede, a las nuevas exigencias. Porque debemos recordar que toda teoría sobre el hombre es incompleta, y en consecuencia limitada. Pero por ser tan compleja permite hacer las derivaciones más inesperadas. Por eso, a la larga, una de estas derivaciones tiene que ser un testimonio de la limitación, de la imperfección de la teoría. Como el hombre es una realidad tan complicada, en un principio las consecuencias coinciden con los hechos, y si no coinciden puede aún pretenderse que coinciden. Pero la teoría, como una caja de Pandora sigue y sigue produciendo consecuencias, y estas consecuencias se agregan al punto de partida y permiten derivar consecuencias aún más complicadas y asombrosas, como si toda la maquinaria teórica se hubiera desbocado. Porque una teoría es inflexible, es lo más inflexible del mundo, mucho más que la máquina o que la voluntad de los hombres. Una vez puesta en movimiento tiene una fuerza aterradora, de monstruo que todo lo devora y nada ni nadie puede detener. De manera espontánea, como generalmente sucede, o de manera consciente, una vez planteadas las hipótesis primitivas, las consecuencias se desprenden y se desprenden sin descanso, caen como las granadas en un campo de batalla con una precisión y una potencia explosiva que va en aumento. Es como si el hombre fuera una araña y la teoría su tela, pero una tela que aumentase y aumentase sin cesar hasta aprisionarlo en sus propios hilos y asfixiarlo lenta e inflexiblemente. Y cuando le pasa esto, se dá cuenta por primera vez que la complicada teoría que ha inventado sobre sí mismo le está fallando. Porque el hombre no inventa teorías por gusto. Inventar teorías es su manera fundamental de vivir, es su método de sobrenadar en el caos de la existencia. Cuando elabora (conscientemente o, como sucede con mayor frecuencia, de manera implícita y en procesos seculares) una teoría sobre sí mismo, sobre su naturaleza, sus relaciones con el universo, sobre su último destino, es para poder manejarse mejor en la peligrosa complicación de su existencia, para sentirse

más seguro y más firme. Pero si se produce el efecto contrario, quiere decir que su teoría no le responde, que debe ser ampliada o reestructurada o, más aún, cambiada radicalmente.

Y aquí empieza la tragedia. El ser humano, a pesar de que siente una sofocante incomodidad respecto de todas las teorías sobre las cosas y sobre sí mismo que constituyen "su mundo", se aferra a ellas desesperadamente. Porque una teoría sobre la vida y sobre sí mismo, no es una concepción caprichosa, no es una convención puramente conceptual. Es la manera como el hombre se enfrenta a su circundancia, la manera como construye un mundo para sobreponerse al caos. El fracaso de su teoría significa por lo tanto el derrumbe del mundo, la pérdida de tierra firme. Y no hay nada a lo que más se apegue el hombre que a la solidez del suelo. Por eso, cuando se levanta una voz que hace ver a los demás el error de sus creencias sobre el mundo y sobre ellos mismos, todos tratan de acallarla. Y cuando esa voz es prematura, cuando es profética, cuando advierte que deben cambiarse ciertos puntos de vista al parecer fundamentales, porque a la larga van a llevar a una inevitable destrucción, entonces es aniquilada sin cuartel. Cuando alguien se atreve a hablar de error y de insuficiencia en medio de la más segura tranquilidad, peca gravemente contra la voluntad general. El castigo por eso debe ser ejemplar.

Y hay además otras razones, menos fundamentales, pero no por eso menos exigentes. Las grandes y ultracomplejadas teorías sobre el hombre y el sentido de la vida, se prestan admirablemente para justificar los intereses particulares. El hombre de poder y la voluntad de dominio, los intereses de clase o de casta (piénsese en el derecho divino de los reyes, justificación que los reyes aceptaban y defendían sin ninguna culpabilidad, puesto que era una consecuencia necesaria de la teoría vigente), son fácilmente justificables. Hay por eso personas y grupos poderosos que tienen vehemente afán por defender la teoría imperante. Y al encontrar el humus favorable del horror a la desteorización del mundo, constituyen fuerzas invencibles. A la larga, empero, el desbarajuste producido es tan grande que ningún esfuerzo, por más grande que sea, puede contener la quiebra de la teoría. Pero ello se produce después que, debido a sus consecuencias necesarias, se ha matado, se ha hecho la guerra, se ha arrasado, se ha martirizado. Y mientras más cerca está una doctrina de la quiebra, tal vez con mayor fuerza se aferran las gentes a todos sus preceptos, por más

absurdos, por más extraños e inesperados. Con este aferramiento obtienen la momentánea sensación de que la teoría está aún viva, de que responde ante las exigencias existenciales.

La historia de la humanidad es la sucesión impresionante de las complicadas y falsas teorías que el hombre ha urdido en torno de sí mismo. A la vera del milenario sendero de la historia, las teorías yacen semidestruidas y oxidadas como el material de guerra que va diseminando un ejército en derrota. Cada gran crisis de teoría, cada gran cambio, cada nuevo advenimiento significa el paso de una cultura a otra, de una época a otra. En tiempos anteriores los hombres no se daban clara cuenta de lo que acontecía. Sabían sí que algo sucedía, esperaban algo nuevo. A veces el anhelo se realizaba de manera más o menos rápida y consciente. Otras veces en cambio, el proceso de reestructuración duraba siglos. De manera intuitiva captaban el sentido de la situación. Pero el mecanismo no podía ser captado por dos razones: carencia de conciencia histórica (es decir la conciencia de la relación entre la visión del mundo y la época histórica) y falta de comprensión de lo que es una teoría. En el siglo XIX se inicia un gran movimiento que culmina en nuestra época y que supera ambas limitaciones. Y por eso, ahora, en nuestra agitada y atómica existencia moderna, en el reino de la máquina y de la técnica, nos damos sin embargo cuenta de lo que realmente sucede. Tenemos clara conciencia de que la historia es una sucesión de maneras de ver el mundo y el hombre, de maneras que los hombres de las respectivas épocas consideraron como absolutas y que hoy no son ya sino vagas sombras difíciles de comprender. Nunca ha sido por eso una civilización tan filosófica como la nuestra, porque jamás ninguna ha tenido tan clara conciencia de sus limitaciones y de sus relatividades. En realidad, nuestra época se distingue porque es una época de búsqueda, de desorientación, pero de aguda conciencia de sus caracteres negativos. El hombre actual es un hombre que experimenta en carne propia el fracaso de una gran teoría sobre sí mismo: el racionalismo europeo con todos sus derivados, desde el liberalismo del "laissez faire" hasta el nazismo y el marxismo. Por eso Ortega ha dicho que nuestra época es una "época de desilusionado vivir". Para ser más precisos, deberíamos decir: "época de desilusionado teorizar". Y Scheler comienza uno de sus libros, tal vez el mejor de todos, con

la célebre frase : "nunca como hoy ha sido el hombre tan enigmático para sí mismo".

Ante esta situación la pregunta inevitable es "¿qué hacer?". La pregunta es tan grave que no es posible intentar una respuesta dogmática. Tal vez nuestro ensayo debería terminar aquí. Pero ser hombre significa tratar incansablemente de sobrepasar todo "non plus ultra". Y no queremos renegar de nuestra condición humana. No nos queda más remedio que seguir adelante. Pero queremos dejar constancia de que todo lo que sigue, no es sino el punto de vista de un individuo colocado como todos los individuos de nuestra época, ante un inmenso problema que trasciende por su naturaleza la pura respuesta individual.

Lo primero que podría pensarse, y tal vez lo que está pensando ya la mayoría, es que es necesario dedicar todos nuestros esfuerzos a la reconstrucción de la vieja teoría, ampliándola y adaptándola a las nuevas exigencias planteadas por nuestra moderna circunstancia. O, en caso de que esto no sea posible, elaborar una nueva teoría que puede o no tener conexiones con la anterior o anteriores, pero que constituya en sí un sistema orgánico, capaz de dar respuesta a las más apremiantes interrogantes y que tenga el volumen y la flexibilidad necesarios para permitir al hombre de nuestro tiempo enfrentarse a la totalidad de sus problemas. En realidad, la actitud normal, que es la espontánea, consiste siempre en teorizar. Y nosotros, los hombres del desilusionado teorizar, como los hombres de otras épocas, al vernos en aprietos, estamos pensando también en ampliar o inventar teorías. Pero hay ahora una diferencia : los hombres de otras épocas no tenían conciencia de la relatividad de sus teorías, ni de sus límites, ni de los horrorosos peligros que significa crear una teoría complicadísima sobre el hombre, de la que pueden desprenderse consecuencias imprevisibles y mortales. No sospechaban además que sus teorías correrían la misma suerte de todas las anteriores. Por eso creaban con ilusión, con fe. Y por eso sus teorías tenían "fuerza vital", es decir podían servirles para resolver sus problemas humanos, porque creían en ellas, porque estaban convencidos de que todas las épocas anteriores habían estado en el error, mientras que ellos estaban en la verdad. Pero nosotros no estamos convencidos de que nuestra posición es única, verdadera y definitiva. Nosotros sabemos que hagamos lo que hagamos, nuestra teoría sobre nosotros mismos tendrá que terminar como las otras.

¿Y si en lugar de buscar una nueva teoría, de seguir instintivamente nuestro destino de Sísifo, asumiéramos una actitud completamente distinta? ¿Por qué en lugar de inventar una nueva y peligrosa teoría no renunciamos sencillamente a teorizar sobre nosotros mismos? Esta propuesta puede producir escándalo. Por dos razones. La primera porque el hombre está tan acostumbrado a teorizar sobre sí mismo, a dar por sentado que él sabe lo que es, a sentirse instalado en un mundo tan lleno de estructuras y de jerarquías, que la renuncia a la teoría le produce la impresión de una renuncia a la posibilidad de hallar soluciones, de un fofo y decadente amoralismo, de una renuncia a luchar por el bien en contra del mal. La segunda, por razones más teóricas que prácticas, porque, con buen fundamento, se piensa que haga lo que hiciere el hombre está condenado a teorizar y que puede renunciar a todo menos a formarse un concepto cabal del mundo, de las cosas y de sí mismo. El hombre necesita de la teoría para vivir, sin ella va a la deriva, no sabe a qué atenerse, es alma perdida en barco sin timonel. Aunque niegue la teoría, implícitamente está siempre construyendo un sistema de conceptos que le permita explicar el sentido de su vida.

Este segundo argumento, es por cierto, mucho más poderoso que el primero. Pero su fuerza consiste en que se expone globalmente y se descuida el análisis detallado de la situación. Porque si se analiza el proceso mediante el cual el hombre constituye su mundo, dentro del cual se incluye a sí mismo, se ve que consta de diversos aspectos. Un aspecto se refiere al mundo circundante. Este aspecto naturalmente es imprescindible. Si un hombre no posee una teoría bien determinada sobre el mundo que lo rodea, no puede ni caminar por la calle. El mero hecho de esquivar un automóvil, significa que quien lo esquiva tiene conceptos muy claros sobre el principio de causalidad y las leyes de la dinámica. Por otra parte, la crisis de nuestra cultura no es una crisis de los conocimientos. Nuestro mundo cósmico, nuestra circundancia, es conocida cada vez con mayor acierto y rigor. Es tal vez la única parte de nuestra visión general del mundo, que sigue ahora una evolución lineal. Se ha llegado a tal comprensión de lo que es una teoría física, que la elaboración de este tipo de teoría se hace pensando que con el tiempo será superada, y será necesario ampliarla para incluir nuevos hechos. Gracias a esta precaución es posible que el núcleo central de la vieja teoría se conserve intacto

y que sea posible considerarlo como un caso particular de la nueva. Podría pensarse que este procedimiento fuese aplicable en el caso de la teoría sobre la naturaleza del hombre. Pero esto no es posible debido a la complicación de toda teoría antropológica. Las teorías físicas, como las matemáticas, son sumamente simples, pues se basan en amplios procesos abstractivos. Debemos, por lo tanto, renunciar a tomar esta vía. Pero si no vamos por ella, se regresa entonces a la anterior objeción: toda teoría sobre el mundo circundante presupone una teoría del hombre, toda teoría sobre el mundo físico supone una teoría integral del ser humano. Aquí llegamos al punto álgido. Porque si esta afirmación es verdadera, entonces jamás podremos librarnos de una teoría sobre nosotros mismos y volveremos a empezar la monótona ruta. Pero creemos que es falsa, porque aunque es innegable que toda teoría sobre el cosmos presupone una teoría sobre el hombre, no presupone necesariamente que esta teoría sea integral. Esto se debe a que, para que otorguemos validez a una teoría sobre el cosmos, debemos presuponer ciertos postulados gnoseológicos, ciertas creencias sobre la estructura y la organización de nuestro conocimiento, pero de ninguna manera dicha teoría debe incluir hipótesis sobre la vida moral o sobre el destino del hombre. Lo más que puede afirmarse es que de dichas presuposiciones gnoseológicas se pueden derivar múltiples consecuencias sobre las posibilidades de conocer el mundo en general y a nosotros mismos. Y que estas consecuencias pueden ser positivas o negativas en algunos o en muchos de sus aspectos. Pero no invalida nuestro punto de vista, porque, precisamente de lo que se trata es de poner entre paréntesis nuestras facultades cognoscitivas en tanto aplicadas a nosotros mismos.

Mas el hombre está tan habituado a vivir en plan teórico que no concibe la posibilidad de no decidir nada sobre su propia naturaleza y sus relaciones fundamentales con el mundo circundante. De allí que siempre encuentra argumentos que lo justifiquen en el empleo de teorías. Y en el caso considerado, quienes niegan la posibilidad de prescindir de la teoría en relación al hombre, aducen que esta prescindencia es imposible, porque es imposible orientarse en el mundo sin lenguaje, es imposible establecer comunicación interhumana, cualquiera que ella sea, sin el habla, y el habla es ya, en sí una teoría. El análisis filosófico del lenguaje, muestra inequívocamente, que todo sistema expresivo ad-

quiere su último sentido de ciertos presupuestos teóricos sobre la naturaleza del mundo y del hombre. De manera que la posibilidad misma del lenguaje implica la inmersión del ser humano en una teoría completa sobre sí mismo, referente no sólo a su relación objetiva con el mundo circundante, sino a su propio destino y a pautas determinadas de acción. El análisis filológico de las palabras más triviales revela, de manera a veces sorprendente, el inmenso trasfondo de teoría cosmológica, metafísica y ética sobre el que se asienta todo lenguaje posible. El argumento parece pues, definitivo. El hombre no puede vivir sin orientarse en el mundo. Orientarse en el mundo requiere una determinada teoría sobre la estructura física del cosmos. Esta teoría no puede elaborarse sin el lenguaje. El lenguaje es la gran y universal teoría, es la expresión de lo que, en última instancia, de manera colectiva y anónima, y en consecuencia inevitablemente, el hombre cree sobre el mundo y sobre sí mismo. Es, por lo tanto, imposible vivir como hombre sin presuponer ciertos axiomas teóricos sobre nuestra naturaleza y nuestro destino.

La ilación de este último baluarte de la teoría es rigurosa. Pero el error no está en la conclusión sino en el punto de partida. El error está en la falta de teoría sobre lo que es una teoría. Porque si se analiza lo que es realmente una teoría se ve de inmediato que siempre es posible prescindir de ella. O mejor, que hay dos clases de teoría: una implícita y espontánea que es la formada por la mente primitiva y colectiva que crea el lenguaje y la otra consciente y elaborada que es la creada con fines específicos de conocimiento. De la primera **no puede prescindirse. Pero de la segunda sí.** y de esto es de lo que se trata. De la primera no puede prescindirse, porque está implícita en el lenguaje y es imposible prescindir del lenguaje. Pero aunque es una teoría que influye decisivamente en nuestra manera de ver el mundo y de ser nosotros mismos, es una teoría implícita, prácticamente inconsciente. Es una teoría tan lejana que ya hemos olvidado su verdadera significación. Las palabras que en un principio significaron para sus creadores aterradoras revelaciones de la naturaleza, del mundo y de nosotros mismos, ahora se aplican mecánicamente para significar objetos muy concretos y determinados. "Existir" significa etimológicamente 'colocarse-fuera-de-sí-mismo'. En esta significación están encerradas montañas de teoría. Sin embargo para el hombre no especializado, que no medita filosófica-

mente sobre el sentido de las palabras, "existir" significa sencillamente "vivir" si se refiere a un ser humano, y "ser real" si se refiere a las cosas. "Diablo" significa primitivamente "calumniador". En esta significación hay una enormidad de sentido. Pero en nuestros lenguajes occidentales modernos cuando se habla del diablo, no se piensa precisamente en un calumniador (a pesar de que en el pasaje bíblico, cuando el diablo tienta a Eva, calumnia a Dios) (1). Si se profundiza el análisis del significado primitivo del lenguaje, se llega a la siguiente conclusión: el lenguaje es, constitutivamente, una teoría originaria sobre el mundo y sobre nosotros mismos, una teoría que contiene principios éticos y metafísicos. De manera indirecta e inevitable influye en nuestra manera de ser. Pero esta influencia está debilitada por la distancia y por el olvido de las significaciones primitivas. Con el trascurso del tiempo, con el advenimiento del espíritu científico, con el progreso de la flexibilidad expresiva, las palabras reciben sobre su significado primitivo, vago y metafórico, un nuevo cuño, un sentido preciso de referencia asociativa a cosas, personas y acciones. Por lo tanto, a pesar de esta "presión" teórica del lenguaje, se puede superar perfectamente la cosmovisión primitiva. Así, cualquiera de nuestros lenguajes occidentales de origen indo-europeo, presupone en el origen una visión teológica del mundo, una especial concepción del "ser" y una muy determinada taxonomía de valores y desvalores morales centrados en una organización paternalista de la sociedad. Sin embargo las significaciones están tan esfuminadas por el tiempo, tan cubiertas de pátina semántica, que es perfectamente posible para un hombre de occidente ver el mundo de manera completamente distinta. Claro que la liberación jamás puede ser absoluta. Pero es lo suficientemente radical como para que el origen indoeuropeo de nuestros lenguajes no nos obligue a considerar como un canalla al hombre que no cree en Dios o al que cree que, en relación a la moral sexual, el hombre y la mujer tienen derechos iguales. Y de esto es precisamente de lo que se trata.

Veamos ahora el otro tipo de teoría, la **teoría consciente** o, si se quiere, en un sentido muy amplio "científico-filosófica". **Toda teoría elaborada por un hombre sobre el mundo, la vida y el**

(1) Piénsese en el repudio moral tremendo que tiene la calumnia en las religiones de origen semítico.

destino, pertenece a este tipo de teoría. Es evidente que todo ser humano, además del trasfondo teórico que le impone el lenguaje vive sumido en alguna teoría científico-filosófica. El análisis de esta situación humana, nos muestra fácilmente que también es posible prescindir de este tipo de teoría. Basta para ello tener un concepto claro del significado epistemológico de la palabra "teoría". Toda teoría presupone la existencia de "hechos". Y a pesar de que los hechos no pueden interpretarse sin alguna teoría, ello no obsta para que existan como tales. Un ejemplo totalmente convincente es que a pesar del cambio de teorías los hechos permanecen los mismos. Así, la trayectoria de Júpiter puede ser explicada por medio de la teoría de Newton y de la teoría de Einstein (relatividad generalizada). Y sin embargo a pesar de la diferencia de ambas teorías, como hecho permanece idéntica. Puede ser explicada también por los medios más primitivos, por ejemplo, como el desplazamiento de la lámpara que lleva un dios nocturno que recorre cíclicamente el firmamento. Pero todos los hombres verán siempre a Júpiter de la misma manera. Al verlo se formarán consciente o inconscientemente alguna teoría al respecto. Pero el hecho está allí innegable; el azul del cielo, el blanco de las nubes, el brillo de la luz, el verde de los gramadales, son hechos que a pesar de todas las teorías pueden ser contemplados como iguales por todos los hombres.

Y así como en la naturaleza a pesar del cambio de teorías, y tal vez, debido precisamente a este cambio, se pueden distinguir los hechos con toda claridad, así en el reino del hombre, los hechos permanecen estables en relación al cambio de concepciones de la vida. Entre la teoría cuyas consecuencias conducen al sacrificio de vidas humanas y aquella que lo interpreta como intolerable, hay un gran trecho por cierto. Sin embargo, todos los hombres que vivieron con ellas presentaban ciertos caracteres comunes e innegables. Todos eran capaces de sufrir y de gozar, todos lloraron y rieron por lo menos una vez en su vida. Todos hablaban, todos sentían emociones. Todos amaron y odiaron también alguna vez. Se puede decir que con estas afirmaciones estamos haciendo ya teoría. Que afirmar que todos eran hombres, es universalizar el concepto de hombre. Que entre los salvajes hay muchas agrupaciones que no consideran humanas a otras, sino que las ven como animales, y que incluso algunas de ellas se ven a sí mismas como desposeídas de la condición humana. Pero a ello respondemos que lo que presu-

pone una teoría, no es la descripción de hechos, sino dividir a los hombres en hombres y en otras cosas. Hay que tener en efecto una teoría sumamente elaborada y proclamada con enorme fanatismo para llegar a creer que una persona que habla como nosotros y que puede comunicarse con nosotros no es igual a nosotros. En esta interpretación de los hechos intervienen las complicadísimas teorías ético-metafísicas del totem y del tabú. Por otra parte, si se insiste en considerar la aplicación universal de la palabra hombre, como el derivado directo o indirecto de alguna teoría, podemos prescindir de ella. Nos basta con observar directamente los hechos: hay algo animado que ríe y llora, que canta y grita, que odia y ama, que sufre y goza, y sobre todo que habla, que se comunica por medio de símbolos con los demás. A este tipo de algo animado decidimos llamar hombre. Nada presuponemos sobre su naturaleza, nada sobre su origen, nada sobre su destino, nada sobre sus obligaciones. Está allí, delante de nosotros, con su curioso aspecto, con sus gestos misteriosos, con su mirada múltiple. Se despliega a través de los siglos en la historia, elaborando las más extrañas teorías a las cuales tiene un gran apego. Un apego tan grande que con tal de mantener su verdad, es capaz de todo, hasta de matar y torturar a un semejante. Pero así como hay hombres capaces de matar y torturar por mantener una teoría hay otros incapaces de hacerlo, a pesar de todas las teorías, a pesar de todas las exigencias y las presiones de su medio. Hay hombres que aman a los demás hombres, hay otros que no sienten ningún amor especial, pero que a pesar de ello, se rebelan y se encabritan ante el sufrimiento y la injusticia. En esta actitud de crueldad o de solidaridad el hombre despliega todas sus posibilidades. Toda la vida humana está matizada de estas dos actitudes que son como los dos colores finales y contrapuestos de un espectro infinito. Cuando el hombre se vale de una teoría para justificar su afán de hacer sufrir a los demás, desciende al nivel de lo demoníaco; cuando se eleva hasta el sacrificio de sí mismo para impedir que los demás sufran, se eleva a la santidad. Entre estos dos extremos están los demás hombres. Este es el gran hecho, el formidable hecho de la condición humana a través de la historia. A través de todos los cambios, de todas las épocas, de todos los ciclos culturales, a través de todas las crisis, de todas las culminaciones, de todas las catástrofes, se encuentre siempre el mismo hecho: hay hombres que hacen sufrir a los demás, hay

hombres que son capaces de sufrir para que los demás no sufran (1). Hay hombres que luchan contra el hombre, hay hombres que luchan por el hombre. Este hecho brinda dos posibilidades, **dos caminos elegibles** : o bien se decide explotar al hombre o bien defenderlo. Estas son las actitudes fundamentales. Todas las demás pertenecen a algún grado de las mismas, hasta la indiferencia que es el cero, el punto en que una actitud se transforma en otra. El curso de la historia ha dependido en todo su recorrido de la manera como los hombres se han agrupado para realizar alguna gradación de estas dos actividades. Han habido épocas en que el impulso destructivo ha primado, en que un grupo de hombres ha decidido que tenía el derecho de arrasar con todos los demás, con tal de realizar lo que se había propuesto; han habido épocas en que un grupo de hombres se ha dejado matar y torturar por amor a los demás.

Se dirá que sin una teoría no se puede llegar a ninguna conclusión, que tomando como punto de partida los hechos, es moralmente indiferente cual es la actitud que se adopte. Sólo un conocimiento de qué es lo que se debe hacer, puede dar al ser humano la fuerza suficiente para contraponerse al sufrimiento, a la injusticia y a la muerte. Pero puede argüirse también lo contrario. Y es fácil ver que no hay ningún gran canalla de la historia que no haya siempre justificado sus actos con alguna teoría muy elaborada. Los pequeños crímenes son cometidos por actos impulsivos,

(1) Es tal el afán de teoría de algunas pensadores que a pesar de reconocer el hecho fundamental de las dos actitudes que hemos anotado, lo cubren con una espesa capa de sistemas conceptuales que impiden una clara visión de las cosas. Un ejemplo notable es el caso de Sartre, quien llama a la actitud agresiva "sadista" y a aquella que se le opone "masoquista". El hecho de haber elegido estas denominaciones implica su afán de demostrar una tesis, en lugar de buscar, antes de elaborar cualquier teoría, los hechos fundamentales. Lo que trata de demostrar es que ambas actitudes se reducen o un mismo principio : el proyecto de apoderarse de la libertad de los demás. Esta interpretación realizada a través de 700 páginas en que se mezclan intelecciones geniales con un intolerable menurje metafísico, obnubila los hechos e impide captar claramente sus caracteres diferenciales. Por otra parte, nos es completamente indiferente el lenguaje que se escoja para denominar la diferencia radical de las dos actitudes. Lo único que nos parece exigible es que sean denominaciones sin lastre significativo (o si esto no es posible, que lo posean en el menor grado posible) de manera que a través de ellas se pueda captar en toda su evidencia la posibilidad de clasificar todas las actitudes humanas frente a nuestros semejantes en dos grandes y únicos grupos.

pasionales, a veces por el deseo de robar o, simplemente de suprimir a algún testigo indeseable. Pero los grandes crímenes, los grandes asesinatos, las torturas sistemáticas se han llevado siempre a cabo justificados por alguna teoría. Para Torquemada fue la salvación del alma, para Hitler la superioridad de la raza germana y el destino del Reich, para los verdugos estalinistas es algo tan abstracto como la dialéctica histórico-materialista cuyas leyes necesarias harán inevitable el advenimiento de la dictadura universal del proletariado. Es verdad que algunas obras heroicas o santas se han realizado gracias a la fe que sus realizadores pusieron en alguna teoría. Pero lo mismo sucede con los asesinatos. En el fondo siempre nos encontramos con el mismo hecho: hay hombres que odian a sus semejantes y hay hombres que los aman. Si un hombre para amar a los demás necesita una teoría, que haga uso de ella. Si para no despreciar a los demás, para no odiarlos o para perdonarlos, tiene que creer que la vida tiene un sentido y que hay un premio y un castigo eternos, que lo crea. Lo principal es el resultado. Pero no es necesario creer en nada para sentirse solidario con los demás. Basta **haber elegido**. En el fondo no hay ninguna diferencia de comportamiento entre los que hacen uso de una teoría y los que prescinden de ella. Ambos han decidido luchar por los demás y cada cual lo hace a su modo. Pero la diferencia estriba en que el que ha puesto entre paréntesis todas las teorías, porque sabe lo que son, está libre para siempre de tener que cambiar de actitud, debido a una posible consecuencia de la teoría adoptada, que no pudo ser prevista. Mientras que el que se apoya en una teoría se ve a veces obligado a cambiar de actitud porque de la teoría se desprende que tiene que rechazar a tal o cual persona. Y en caso de no querer hacerlo, se tendrá que enfrentar a graves conflictos de conciencia. Mas con excepción de esta diferencia, todos los hombres que han decidido luchar por los demás pertenecen a un mismo grupo. Y para ellos, luchar por los demás es el bien, es lo único que da sentido a la historia y a la marcha sin horizontes de la humanidad. Pero no porque sea necesario formar una hipótesis sobre el fin último del universo o sobre el destino del hombre, no porque exista una organización metafísica del universo que conduzca hacia dicha finalidad, sino simple y llanamente porque así lo han decidido, porque la lucha por el hombre ha sido su gran elección.

Se puede decir que con esto en nada se adelanta moralmente, porque la relatividad de las culturas, de las situaciones sociales e individuales hace variar al infinito aquello que hace daño o hace bien a los demás, y que no es posible tener criterios para saber que cosa es lo que se debe hacer ante los casos concretos. Pero lo que sucede es justamente lo contrario. Es debido a la multiplicidad de teorías para explicar y fundamentar los hechos que los hombres no se entienden entre sí y que lo que es bueno para unos es una atrocidad para otros. Es debido a las teorías y a las explicaciones que los hombres se torturan por razones que, en el fondo, jamás pueden ser verificadas. Si se rompe la cáscara de acero de una teoría y se conserva sólo el hecho de la pura condición humana, desaparecen como por encanto las dudas y las contraposiciones. Y entonces es mucho más fácil distinguir que es lo que realmente hace daño o hace bien a una persona. Claro que jamás se llegará a un criterio definitivo. Siempre habrá hombres para los cuales el máximo placer es asesinar a los demás. Siempre habrá casos en que hágase lo que se haga, el bien de uno será el sufrimiento de otro. Pero estos serán casos límites. La mayoría de los hombres tienen pocas pretensiones. Y es fácil saber cuando son felices. La mayoría tiene también evidencias claras y sencillas sobre lo que debe hacer. Basta ser hombre para saber que explotar a un semejante, que maltratar a un niño, que asesinar, calumniar y humillar a otro es hacerle mal irreparable. Todo aquel que tenga esta evidencia pertenece potencialmente al conjunto de quienes han decidido o pueden decidir luchar por el hombre. Quienes pongan sus conveniencias personales o la verdad de sus teorías sobre estas evidencias, pertenecen al otro grupo, al que ha decidido en el fondo de su alma, sea cual fuere la teoría adoptada, luchar para sí y contra los demás. La humanidad a través de la historia se escinde así en dos grandes grupos. A cada uno de ellos pertenecen hombres de las más variadas personalidades y actitudes. Pero todos los que pertenecen a un grupo tienen algo de común. Los que pertenecen al grupo de **los partidarios del hombre** están decididos a luchar contra la injusticia, la brutalidad y la explotación. Los que pertenecen al otro grupo, están decididos a luchar por sí mismos, algunos de manera cínica, o sea con mayor autenticidad, los más tratando de justificarse con alguna teoría. Los que han elegido la defensa del hombre pueden valerse o no de teo-

rias. Pero todos ellos coinciden en que, sea cual fuere la actitud, la proveniencia, la raza, la religión, el país, no hay nada que justifique hacer mal a otro. Para ellos la historia es una tarea heroica, tal vez infinita: luchar contra todos aquellos que con cualquier razón o pretexto o sin ellos tratan de avasallar a los demás. La tarea es dura, tal vez sin esperanza. Pero es la única que permanece inmutable a través de todos los cambios, es la única que se funda en una evidencia indiscutible, en la gran evidencia que puede unir a todos los hombres y transformar para siempre la historia: "mientras alguien padezca la rosa no podrá ser bella...".

UNMSM-CEDOC

BIBLIOTECA
FILOSOFICA

Títulos Publicados

EN LA SERIE ESTUDIOS
FILOSOFICOS:

- G. Funke: *Investigaciones Fenomenológico-Trascendentales.*
- A. Salazar Bondy: *Irrealidad e Idealidad.*
- M. Heidegger: *¿Qué es esto, la Filosofía?*
- M. Iberico: *Perspectivas sobre el tema del tiempo.*

EN LA SERIE
INICIACION:

- F. Miró Quesada: *Iniciación Lógica.*

EN LA SERIE FILOSOFIA Y PRACTICA:

- Antonio Pinilla: *El Filósofo en la sociedad actual.*

Pedidos:

Universidad Nacional
Mayor de San Marcos

LIBRERIA
UNIVERSITARIA

Cotabambas Nº 204
LIMA Perú

Imprenta de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos
Restauración 317
LIMA - PERU

UNMSM-CEDOC